

compareciesen en Milán, en donde estaba la corte, Ceciliano y los principales de entre los Donatistas; y despues de convencerse del todo acerca de la inocencia de aquel Obispo dió á su favor una sentencia la mas satisfactoria.

Sin embargo los cismáticos no se manifestaron mas conformes con esta decision del Emperador, que con las de los Obispos; y no tardaron en oirse mil quejas insolentes de su parte, acusándole de parcial y de preocupado; de modo que Constantino, á pesar de toda su mansedumbre se vió en la precision de condenar á destierro á los revoltosos. Y reuniendo al proceder de un Emperador el tono de un Apóstol, escribió á los pueblos y á los Obispos católicos exhortándolos á que no se defendiesen de aquellos sediciosos con otras armas que con las de la paciencia, teniendo en consideracion que los malos tratamientos que sufriesen por esta causa les servirian de martirio (1). Cedieron los Obispos por esta amonestacion á los Donatistas la Iglesia que el Emperador habia mandado hacer para los Católicos en la capital de Numidia, llamada despues Constantina de su nombre, contentándose con pedir un solar para edificar otra: pero el Emperador dió mas de lo que le pedian, y se encargó de los gastos del edificio.

Mas los Donatistas se desconceptuaron, dividiéndose entre sí con escándalo. Uno llamado Silvano, que habia usurpado á los Católicos la Basílica de Cirta ó Constantina, y hacia el primer papel en el cis-

(1) *Epist. Constant. M. ad Episcop. Cathol.*

ma de Numidia, depuso á su diácono Nundinario por algunos disgustos personales que tuvo con él, y el Diácono, por vengarse, delató á su Obispo, y facilitó á los Católicos las pruebas de una justa acusacion contra aquel Prelado que era culpable no menos que de haber entregado los vasos sagrados mientras la persecucion, y de haberse hecho ordenar Obispo por intriga y simonía. El proceso se formó pues en debida forma, y en los propios lugares donde habian sucedido los hechos; probáronse completamente todos los alegatos, y enviando una exacta relacion de todo al Emperador, no pudo menos de condenar á destierro á Silvano y á varios de su faccion.

Pasado poco tiempo los Obispos Donatistas hicieron una representacion pidiendo se alzase el destierro á Silvano; y al mismo tiempo pedian libertad de conciencia: pues como todo deponia contra ellos, no tenian otra razon mejor en favor suyo que la determinacion en que estaban de arriesgarlo todo, y pasar por cualquier cosa antes que comunicar con Ceciliano. No obstante alcanzaron lo que suplicaban; y el Emperador escribió al Vicario de África que dejase á Dios el cuidado de castigar sus excesos. Les salió muy bien aquella prueba y pretendieron el libre ejercicio de su religion aun en Roma, en donde se habian establecido ya algunos de su secta. Enviáronles un Obispo los de África para que presidiese á sus juntas, pero no pudieron lograr Iglesia alguna en la ciudad, de mas de cuarenta que se contaban ya en ella; de modo que se vieron precisados á reunirse

fuera de los muros, en cierta caverna que habia en una montaña, de donde les vino el nombre de montañeses, que por la misma razon habian tenido sus predecesores en el cisma, ya desde el tiempo de Felicísimo.

14. Despues de la muerte de Mayorino, y bajo el gobierno de su sucesor en el fingido título de Obispo de Cartago, esto es, del segundo Donato, diferente del Donato de Casas-Negras, primer autor del cisma, tomó el partido toda su forma y consistencia: y así el último Donato fue quien le dió el nombre. Ya por hipocresía, ya por virtud, era este irreprensible en sus costumbres y poseía en grado eminente el secreto de bienquistarse y hacerse valer; y era como una especie de divinidad para la secta, sujetando y fingiendo no querer hacerlo, á quantas personas ilustres la componian. El arte ó genio del fingimiento era tan perfecto en él, que nadie imaginaba que fuese un impostor. Por otra parte tenia talento, penetracion, elocuencia y una fecundidad inagotable de invenciones é intrigas para mover caso sobre caso, con un talento sin igual para dar á los hechos el aspecto mas plausible, y pintarlos con los colores mas favorables á sus miras. Fue en una palabra uno de aquellos desgraciados prodigios que Dios permite se vean de quando en quando para probar á su Iglesia, y el que consolidó el partido mas obstinado que habia afligido hasta entonces al aprisco del Pastor Divino.

15. Dejáronse ver desde el tiempo de este impostor los fanáticos llamados Circunceliones, yendo con-

tinuamente al rededor de las casas en las ciudades y aldeas, y anunciándose como reparadores de agravios y vengadores públicos de las injurias, y cometiendo todos los desórdenes á que daba margen tal pretension (1). A los esclavos los ponian en libertad, absolvian á los deudores, y sacaban á los presos de las prisiones, volviendo á amedrentar la sociedad con la multitud de gentes desalmadas que estaban encerradas en ellas. No habia seguridad contra estos atentados ni en los caminos, ni muchas veces en las calles y ciudades mas pobladas. Ridículos á la par que turbulentos, hacian á veces apear á los dueños de los carruages para que sirviesen á sus mismos domésticos, á quienes ponian en su puesto. Sus cabezas, de los cuales los mas valientes eran Maxido y Fasir, tomaban el título de capitanes de los santos. Solo se servian de palos al principio aquellos bandidos, con los que estropeaban á quantos les oponian resistencia; pero despues se valian de toda especie de armas, y mataban de la manera mas cruel hasta á las personas del sexo y de la edad mas débiles. Jugaban tambien, por decirlo así, con su propia vida; por la menor cosa se abrian el vientre, ó se arrojaban desde las cumbres de las rocas; y con esto creían que tenían segura la corona del martirio, cuya locura era tan comun en las mugeres como en los hombres, y mas aun en las jóvenes, siempre mas espuestas á la seducción. Pero se notó frecuentemente que el temor del oprobio era todo el principio de su heroismo, y

(1) *August. lib. 1. contr. Gaudent. cap. 23.*

muchas veces su muerte violenta ponía en claro su hipocresía, mostrando el fruto de su incontinencia.

Llegaron á tal extremo la disolucion y crueldad, que sus propios Obispos acudieron á la autoridad soberana para refrenarlos. Contra estos bárbaros fanáticos se enviaron tropas que acabaron con un gran número de ellos; y por una inconsecuencia que no podríamos concebir, si otros tiempos menos lejanos no hubieran ofrecido un espectáculo casi parecido, la secta reverenciaba despues del suplicio, como víctimas de la fe mas acendrada, á aquellos mismos á quienes sus Pastores y sabios tenian antes por dignos de la execracion pública.

16. Sin embargo de estos desórdenes cometidos por algunos que se llamaban Cristianos, Constantino se mostró siempre infatigable en hacer que floreciese la Religion verdadera; y al parecer solo para fomentarla habia recibido el supremo poder y el derecho de la legislacion. Prescribió la celebracion del domingo, y la suspension del trabajo hasta para los Gentiles, sin esceptuar mas que las faenas urgentes del campo; y mandó tambien que se observase el viernes de una manera particular, en memoria de la Pasion del Redentor: estos dos dias eran los que empleaban los fieles por regla en los egercicios públicos de la Religion. Para abolir el suplicio de la cruz promulgó una ley espresa; y revocó la prohibicion irreligiosa de legar cosa alguna al morir á la Iglesia Católica. Declaraban las leyes Romanas á todo célibe incapáz de recibir mandas y donaciones; reglamento muy sabio en ver-

dad en el reinado del paganismo, en el que el celibato no tenia otro principio que la disolucion y el libertinaje: pero el piadoso Emperador lo derogó á favor de los Cristianos, cuya continencia era tan diversa (1). Este Príncipe se esmeraba sobre todo en honrar la castidad, cuya virtud recomendaba, aun mas con su egemplo que por medio de los edictos. Habian sido sus costumbres constantemente arregladas desde sus mas tiernos años; y con el intento de guardarlas con mayor seguridad en toda su pureza, se habia sujetado desde muy jóven al respetable yugo del matrimonio. Permitió por una ley nueva escoger á los Obispos por árbitros de las diferencias; y dió á estas decisiones la misma autoridad que si emanasen inmediatamente del trono. Distinguia honrosamente en todas ocasiones á los Cristianos de los infieles, en especial á los Eclesiásticos, á quienes dispensó de todas las formalidades que se requerian en los demás estados cuando se ofrecia dar libertad á un esclavo.

En el número de sus virtudes deben contarse tambien la mansedumbre y la bondad de su natural; y aunque una que otra vez mostró cierta dureza muy reprehensible, pero esta nacia mas bien de una preocupacion crédula y precipitada, que de algun sentimiento de inhumanidad. Prohibió con pena de muerte que el acreedor echase mano, para cobrar una deuda, de los esclavos ó de los animales que servian para la labranza. Mandó á los encargados en el manejo de las rentas reales que recibiesen, sin mas exá-

(1) *Euseb. lib. 4. hist. cap. 16.*

men, á todos los niños que les llevaran, y que sin dilacion facilitasen los medios para su subsistencia; dos rasgos que juzgaron dignos de imitacion en estos últimos siglos las naciones mas señaladas por su humanidad. Empero lo mas singular es que Constantino no estaba aun bautizado cuando egercia estos actos de edificacion.

No obstante debemos confesar que siendo Constantino tan sinceramente Cristiano, no lo mostró en ciertas ocasiones con toda la firmeza, ó por mejor decir, con todo el discernimiento que era necesario; pues aceptó y vistió los adornos profanos de la dignidad de Pontífice supremo, que la antigua Roma daba á sus Emperadores; mirándola sin duda como una parte de la autoridad civil, y no como una profesion indirecta de la idolatría: abuso que siguieron sus sucesores hasta Graciano, que fue el primero que miró este título é insignias como indignas de un Emperador Cristiano. Mas difícil es disculpar á Constantino acerca de los Arúspices, á quienes permitió consultar, y aun parece haber consultado él mismo; aunque algunos pretenden que no lo hizo sino para desacreditarlos del todo, confrontando mas notoriamente la falsedad de la prediccion con el suceso; y así prohibió que los consultasen en otros lugares que en los templos, y vedó tambien hacer sacrificios en casas particulares. Mas al mismo tiempo que toleraba estos restos de supersticion, trataba con desprecio á los ministros de ella, y ni aun se dignaba hablarles, dando por otra parte á los Obispos el trato mas hon-

roso. Parecíanle necesarios estos medios indirectos en los principios: mas su celo se aumentó con los años, y no cesó de fortificarse con el poder.

17. Ya por fin habia llegado el tiempo en que el Imperio del mundo civilizado iba á someterse á las leyes de este Príncipe religioso que no apreciaba su poder y sus triunfos sino en cuanto servian á la prosperidad y ensalzamiento de la Iglesia: y Licinio aceleró imprudentemente aquel deseado momento indisponiéndose con él. No notaba en esto la política otra cosa que el éxito ordinario de la amistad de los Príncipes ligados por intereses contra unos enemigos comunes, los que vencidos, escuchan tan solo las voces de su desconfianza ó su rivalidad: pero los fieles ilustrados con luces superiores vieron en este contratiempo al Dios que juzga la misma justicia castigar á Licinio con tanta mas severidad quanto se habia valido de él para llevar á cabo el castigo de los últimos perseguidores, sin que aquel Príncipe mejorase por esto. Así fue, que el instrumento que acababa de castigar á los primeros delincuentes, se destrozó luego que hubo servido para los fines á que se le destinaba; porque tantos milagros como presenció Licinio, de algunos de los cuales fue tambien ministro, no bastaron á hacerle conocer el brazo del Dios verdadero que los obraba; antes al contrario llegó á endurecerse hasta el punto de ser perseguidor y verter la sangre cristiana.

18. Fue martirizado entre otros de órden suya el ilustre San Blas, Obispo de Sebaste en Armenia; y

en la misma ciudad sacrificó Licinio cuarenta soldados, conocidos por el nombre de los cuarenta coronados (1). Despues de hacerles padecer crueles tormentos mandó dejarlos toda una noche en un estanque helado, junto al cual habia otro de agua caliente; para que á vista de tal contraste apostatase alguno de los Confesores, y negase la fe con la esperanza de un suave y pronto alivio. Sorprendido estaba uno de los soldados que custodiaban á estas santas víctimas de la constancia que mostraban en el tormento; mas subió de punto su admiracion cuando vió en el aire unas coronas suspendidas sobre sus cabezas, bien que no contó mas que treinta y nueve, siendo ellos cuarenta. Faltando entonces el ánimo á uno de los que componian este número, se pasó al baño caliente, en donde el apóstata, que ya estaba medio muerto, pereció á poco rato: y movido el soldado espectador de los impulsos de una gracia victoriosa, dijo con firme resolucion, que era Cristiano; y ocupó el lugar del renegado, cuya corona le fue adjudicada. Sobrevivió á todos uno de los mas jóvenes de tan santa compañía, y su madre logró licencia para consolarle ó para inducirle á que desistiese de su laudable resolucion; pero lejos de solicitarlo y coducirlo al baño caliente, aquella muger superior á todas las debilidades de la carne y de la sangre, lo puso sobre uno de los carros en donde estaban los treinta y nueve, que iban á consumir su martirio en las llamas, diciéndole con una fe heróica: *acaba, hijo mio, este glorioso*

(1) *San Basil. Homil. 20.*

*combate, y no consientas que tus compañeros te aventajen en el triunfo.*

19. Cuéntase al glorioso San Nicolás, Obispo de Mira, en Licia, entre otras muchas víctimas de esta persecucion; el que habiendo sido preso no salió de la cárcel hasta que el Emperador Constantino venció al autor de la tiranía. Habia este Príncipe representado repetidas veces á Licinio, que violaba sus pactos comunes, y le hacia una injuria personal persiguiendo á los Cristianos, de los que sabia que era tan apasionado protector. Interrumpieron estas quejas la buena armonía entre los dos Príncipes, y pararon en un entero rompimiento. En fin armáronse y pelearon el año 323. Estaba la superioridad del número, como comunmente sucedia, de parte del Emperador idólatra, el que ponía en ella toda su confianza; pero Constantino, que acostumbraba no hacer caso de la multitud de soldados, tenia á favor suyo, además de la ventaja del valor, la de la buena causa que defendia y el auxilio del cielo. Encontráronse cerca de Andrinópolis: estaba el campo de Licinio ventajosamente situado sobre un monte cuasi inaccesible; y antes de atacarlo Constantino no olvidó encomendar el éxito de la accion al Dios Todopoderoso que tantas veces le habia dado la victoria.

Se retiraba el Emperador con algunas personas de piedad distinguida, el dia antes de cualquiera accion, á una tienda separada del campo, en donde se guardaba el *Lábaro*, como en una especie de santuario; y al siguiente dia muy de mañana comenzaban



á desfilas las tropas, llevando al frente aquel sagrado estandarte, y viéndose tambien campar la Cruz en las banderas de cada legion. Así se preparó el piadoso Constantino al combate. En tanto Licinio creyéndose seguro en el monte, insultaba y escarnecía la piedad de su augusto rival. „Ved aquí, amigos míos, decía á sus gentes, enseñándoles sus ciegos y materiales simulacros, los poderosos y muchos dioses que adoramos nosotros: todos los ha abandonado nuestro enemigo por un Dios despreciable, cuya señal de su vil patíbulo, que advertís en sus estandartes, deshonoras las armas Romanas. Combatamos intrépidamente bajo los auspicios de todas las antiguas divinidades de Roma, ya que somos sus adoradores fieles; y despues del triunfo que sin duda conseguiremos, destruyamos hasta el nombre de los impíos desnaturalizados que niegan á los dioses pátrios (1).”

20. Mas los efectos no correspondieron á tanta altanería; pues así que Constantino hizo pasar por cerca de Andrinópolis un destacamento de cinco mil hombres á la otra parte de un rio que dividia los dos ejércitos, en el parage donde menos se esperaba, la sorpresa y el espanto desordenaron todos los escuadrones infieles. Quedaron tendidos cerca de treinta y cuatro mil hombres: el campamento del Emperador idólatra fue saqueado, y él tuvo que huir con precipitacion. Detúvose en Bizancio, donde queria volver á hacer frente; pero habiendo logrado la armada de Constantino, mandada por su hijo el Príncipe

(1) *Euseb. in vit. Const. M. lib. 2. cap. 5.*

Crispo, un triunfo aun mas completo que el que acababa de conseguir el padre, antes de verse sitiado Licinio por tierra y por mar, se refugió al otro lado del estrecho, en Calcedonia, llevando consigo sus tesoros. Allí fue perseguido igualmente; pero viendo que su ejército constaba aun de ciento treinta mil hombres, resolvió volver cuanto antes á encontrarse con los enemigos. Dióse pues segunda batalla, y fue mucho mas sangrienta que la de Andrinópolis, pues de un ejército tan numeroso como el de Licinio, apenas se salvaron tres mil. Bizancio y Calcedonia abrieron sus puertas al momento: Licinio se retiró á Nicomedia; mas desconfiando de poder mantenerse allí despues que le sitiaron, envió á su muger Constanza, hermana, como dijimos, del Emperador Constantino, á implorar la clemencia de un hermano cuyo buen corazón le era bien conocido; y en efecto logró calmar su justo enojo.

Licinio á poco tiempo, muy diferente de lo que habia sido algunos dias antes, fue á echarse á los pies de su generoso cuñado y á entregarle la púrpura de que se habia despojado; dándose por bien librado, segun decia él mismo, de que se le conservase la vida. Levantóle del suelo el vencedor con verdaderas demostraciones de reconciliacion, hízole comer á su mesa, y despues lo envió á Tesalónica, donde le proporcionó una suerte que no desdecia de su primera grandeza. Mas no pudiendo vivir tranquilo aquel espíritu turbulento, y como diese motivos para sospechar que queria vestir de nuevo la púrpura, se tuvo

por imposible asegurar la pública tranquilidad si no se le quitaba la vida, como se verificó el año 324.

21. Constantino quedando de esta suerte Soberano de todas las provincias así de Oriente como de Occidente, mandó restituir en todas partes á los Confesores los bienes que les habian confiscado, como tambien la herencia de los Mártires á sus parientes; reservándose idemnizar competentemente á los que hubiesen adquirido del fisco alguno de estos fondos, á título de compra ó de otra manera. Profesaban el cristianismo los gefes que empleaba en el gobierno de las provincias; y exigía de los que seguian la antigua Religion que no hiciesen á lo menos los sacrificios idolátricos, los que llegó á prohibir generalmente en las ciudades y en las aldeas: y mandó tambien que no se egerciese el arte de la adivinacion ó cualquiera otra supersticion al menos fuera de los templos. Exhortó, mas como Apóstol que como Emperador, á sus súbditos en todo el Oriente, á que pasasen de las tinieblas de la idolatría á la luz del Evangelio; protestando no obstante que á nadie queria llevar por fuerza al servicio de un Dios que solo acepta el homenaje de los corazones. Encomendaba á los particulares que evitasen inquietarse unos á otros por causa de diversidad de cultos; y reprimió el celo precipitado de los que hablaban ya de demoler los templos de los dioses: pero reedificó en todas partes las Iglesias con una magnificencia infinitamente superior á la de su estado primitivo, y con una grandeza, que hacia pensar que todo el Imperio iba á hacerse cris-

tiano. A los Gobernadores les tenia prevenido que no perdonasen gasto alguno, cuando se tratase del bien de la Iglesia; y autorizaba á los Obispos y Sacerdotes á sacar á manos llenas de sus tesoros cuanto necesitasen, exhortándoles á ello con el mismo celo que sus mas codiciosos antecesores habian mostrado en reunirlos.

22. Mas como esta piadosa liberalidad iba dirigida por una sabiduría igual á la munificencia del Príncipe, parecia que en lugar de apurar daba incremento á las riquezas del estado; pues el cielo vertia con profusion los bienes sobre un Imperio, cuya virtuosa cabeza en nada creía emplearlos mejor que en obsequio del primer autor de todo beneficio. En efecto la abundancia y la prosperidad eran generales en las provincias; las tierras abundaban en ricas cosechas; el aire parece que exhalaba una sanidad extraordinaria y cuasi desconocida hasta entonces; los pueblos todos disfrutaban de las dulzuras de la paz y de un santo contento; las ciudades destruidas por el azote de la guerra volvian á restablecerse sobre un pie mas brillante que el antiguo; de modo que el mundo presentaba un aspecto del todo nuevo, fruto de la inocencia y pureza de costumbres que reinaba cuasi en general. Nada habia ya que temer ni en lo interior ni en lo exterior desde el restablecimiento de la paz y de la armonía entre las diferentes partes del Imperio; los bárbaros respetaban como antes el nombre Romano, y los egércitos observaban una exacta disciplina; pues como el Emperador pagaba puntualmente